



Hace medio siglo

Salazar sube al poder en Portugal

José María Solé Mariño

LAS últimas semanas del mes de junio de 1932 — hace ahora cincuenta años— ven la definitiva consolidación del poder personal de Antonio de Oliveira Salazar como árbitro de la política portuguesa. Después de una década de actuación política velada, su personalidad pasa a determinar el tono del *Novo Estado*, nacido de un pronunciamiento militar seis años antes. Durante más de cuarenta años el sistema autoritario vigente en Portugal puede adoptar el calificativo de *salazarista*, debido a la profunda impronta que su prolongado mandato produce sobre el desarrollo de la vida de su país.

Antecedentes previos

El Portugal de 1900 todavía no ha conseguido reponerse de los daños causados por la ocupación francesa de 1807. Todo un siglo de enfrentamientos ci-

viles e inestabilidad política y social habían conducido al país a un precario estado general. La dictadura de Joao Franco, apoyado en el rey Carlos I, no había hecho más que agravar la situación. La descomposición social y económica encuentra su punto culminante con el asesinato del monarca en el año 1908. La subida al trono del que será el último rey de Portugal no contribuye en absoluto al saneamiento de la situación, mientras la expulsión de Franco del poder favorece la eclosión del republicanismo, teniendo como telón de fondo movimientos de masas, escándalos financieros y conspiraciones militares.

El pronunciamiento de octubre de 1910 provoca la inmediata caída de la monarquía, que ha alcanzado el máximo nivel de desprestigio. El día 5 de ese mismo mes, mientras el rey Manuel II marcha al extranjero, es proclamada la República en Lisboa. El profesor Teófilo Braga se hace cargo de

la presidencia interina hasta la promulgación de la nueva Constitución, en agosto de 1911. El nuevo régimen, nacido entre tantas esperanzas, no conseguirá la estabilidad social ni el equilibrio estatal y económico. La innecesaria entrada en la Gran Guerra al lado de los aliados vendrá a prolongar el golpe de Estado dirigido por Sidonio Pais, que posteriormente será asesinado en el ejercicio de su cargo.

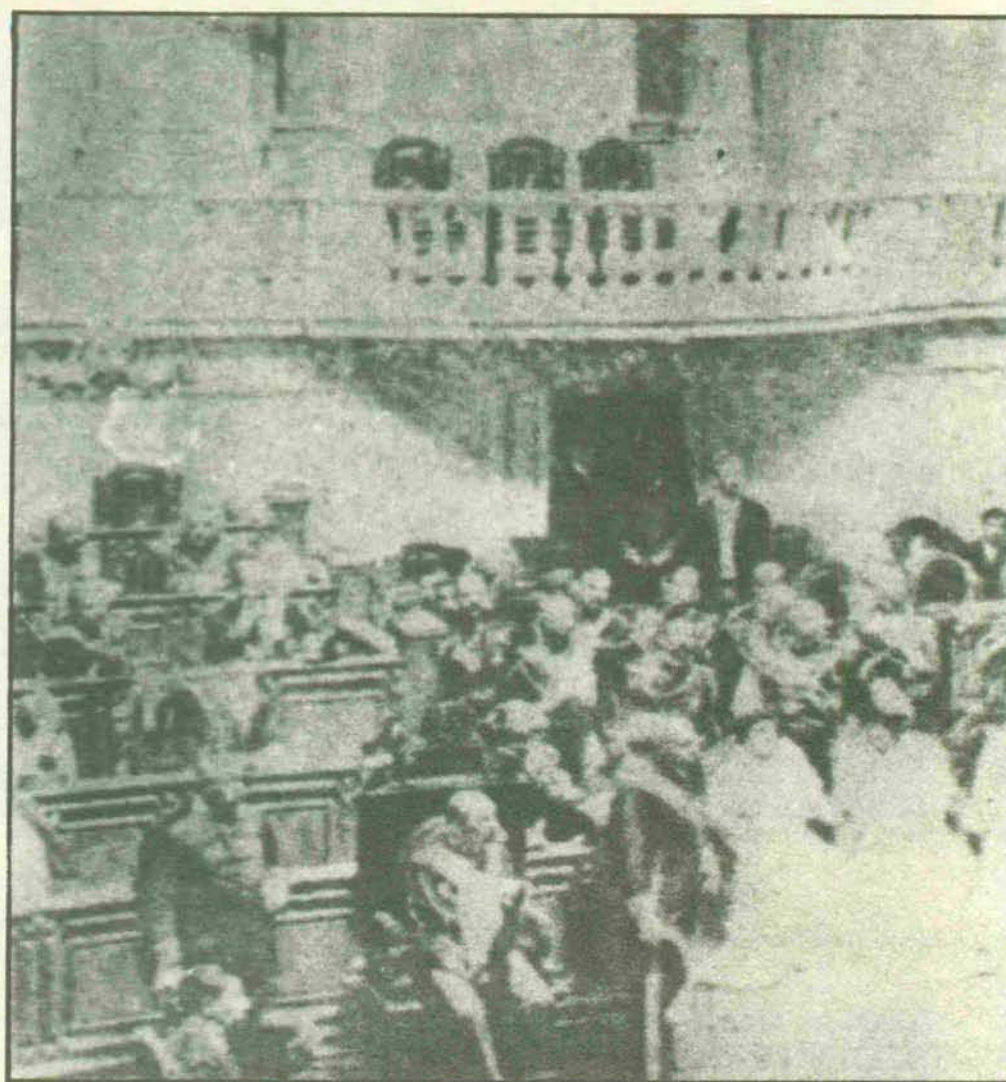
El Partido Demócrata domina la situación en el plano político. Pero la burguesía, en un principio sustentadora del régimen, se atemoriza ante la creciente descomposición social. Los crímenes políticos y las conjuras militares se suceden. Al otro lado de la frontera, en España, está presente desde 1923 un modelo autoritario militar que muchos portugueses desearían ver implantado en su país, en consonancia con la tendencia general en Europa. Finalmente, en mayo de 1926, un triunvirato militar encabe-

Apertura anual del Parlamento portugués bajo la Monarquía liberal. El rey Carlos I lee el discurso de la Corona ante los miembros de las dos Cámaras, reunidas en sesión conjunta.

zado por el general Carmona destruye la débil y corrompida democracia representativa. Muchas justificaciones habría de encontrar el golpe de Estado, que es aceptado por grandes sectores de la población. Los poderes tradicionales, Iglesia, Ejército, grandes terratenientes y alta finanza, con una mentalidad ultraconservadora, habían hecho todo lo posible por desgastar a la República evitando su consolidación, al creer amenazados sus intereses y posición. La exigua burguesía urbana no había sido capaz de soportar el embate de estas imbatibles fuerzas.

Muy breve tiempo necesita Carmona para erigirse en árbitro único de la situación, apartando del poder a sus compañeros y proclamando una *dictadura de base nacional y fuerte*. El movimiento militar, que se definía en sentido negativo como «nacido en contra de la corrupción y degradación de la República parlamentaria», busca ya desde sus primeros momentos las personas claves que sean punto de coincidencia de los intereses de aquellos sectores que habían propiciado la muerte del sistema republicano. La más destacada de ellas será el catedrático de Economía Política de la Universidad de Coimbra, Antonio de Oliveira Salazar, que de esta forma penetra en los más altos ámbitos del poder, de los que no habrá de descender en el transcurso de los siguientes cuarenta años.

Salazar había nacido treinta y siete años antes, en abril de 1889, en la pequeña localidad de Vimieiro. Comenzó su formación en el seminario de Viseu y, en el año clave de 1910, siendo estudiante de Derecho en Coimbra, se había adherido a la Democracia Cristiana. Su localización política personal,

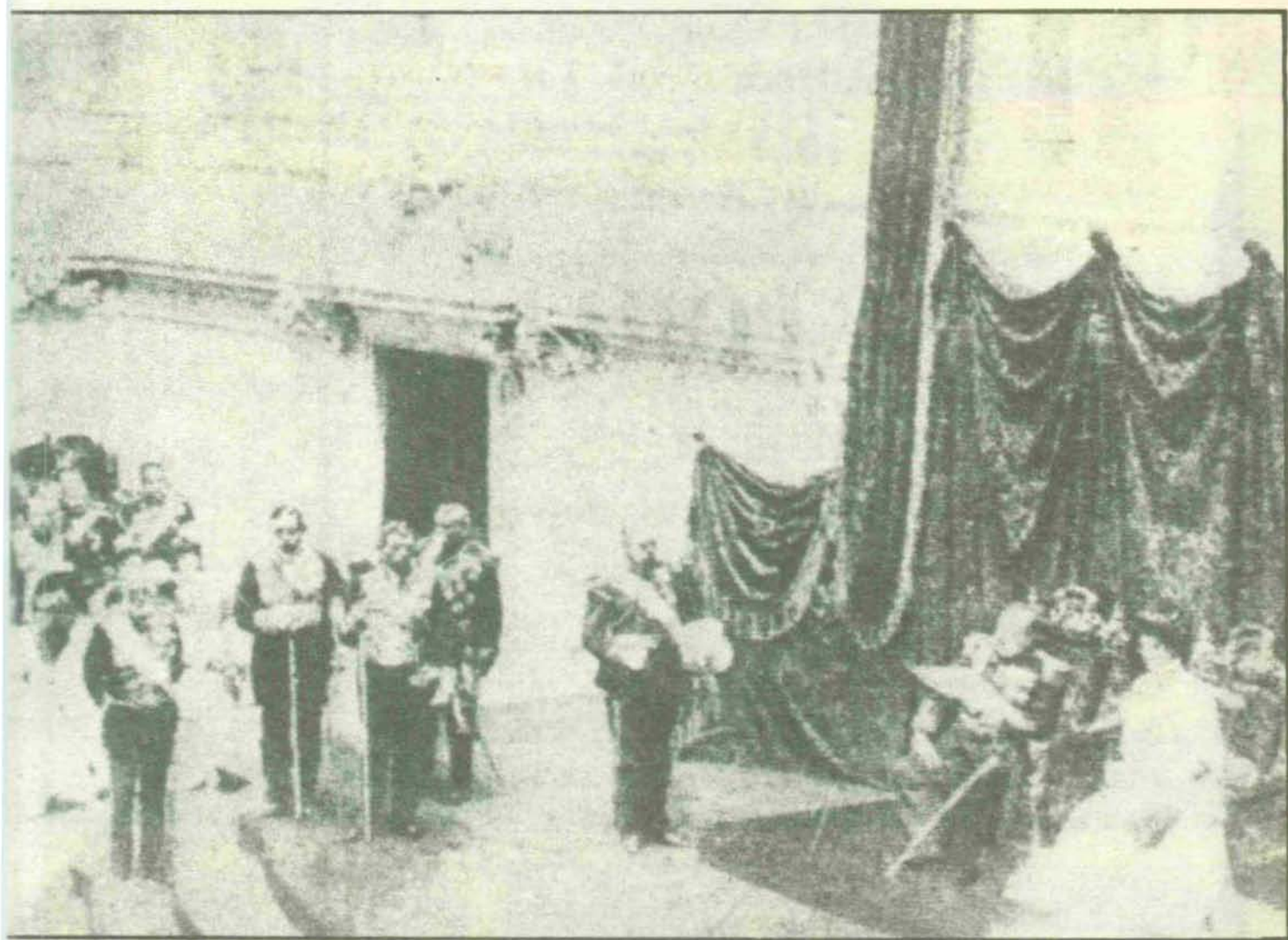


ligada a los sectores más conservadores del integralismo, está ya definida en 1918, cuando imparte clases como catedrático de Economía. Tres años más tarde es elegido diputado por el Centro Católico, pero renuncia al escaño, prosiguiendo una carrera estrictamente académica. Pero a esas alturas su nombre ofrece ya todas las garantías para los sectores más conservadores. En mayo de 1926 Carmona le nombra ministro de Economía, pero Salazar vuelve a renunciar al cabo de poco tiempo. Tras dos años de encubierto afianzamiento de su posición vuelve al cargo como última esperanza de salvación de las finanzas nacionales, al borde de la quiebra. En 1930 será ministro de Colonias, y, dos años después, presidente del Consejo, puesto que ocupará durante treinta y seis años, sin

defraudar en ningún momento a quienes depositaron en él sus intereses.

El proceso de institucionalización del régimen

El golpe militar, recibido incluso con el aplauso de algunos partidos, no tarda en mostrar su naturaleza real. La represión se abate sobre cualquier tipo de oposición, en los primeros tiempos de forma desordenada. Será necesario llegar hasta 1930 para observar la estabilización del nuevo orden. Oliveira Salazar, llamado al poder en calidad de defensor de los principios establecidos de hecho, contará con el apoyo táctico y expreso de amplios sectores de la población, que,



1 de febrero de 1908. El rey Carlos I y el príncipe heredero Luis Felipe son asesinados en la lisboeta plaza del Comercio.



como los niveles dirigentes, temen un vuelco revolucionario. En el plano económico sus medidas obtienen resultados inmediatos: La equilibración del presupuesto, la liquidación de la deuda exterior y la estabilización de la moneda se consiguen en base a las reformas presupuestarias, monetarias y crediticias. La consecuencia final será una radicalización del espectro social. Un mayor ahondamiento de las diferencias sociales en perjuicio de las clases trabajadoras es la nota dominante. La implantación de modelos económicos fascistas aportará al régimen el brillo externo del éxito, y a los personajes que lo dirigen el más decidido respaldo por parte de los sectores beneficiados una vez más.

La reina madre Maria Amelia junto a su hijo, el rey Manuel II, al que acompañará al exilio cuando, el 4 de octubre de 1910 salga del país empujado por la triunfante revuelta republicana.



Jura del nuevo monarca portugués, segundo hijo del fallecido rey Carlos. Manuel II vivirá los últimos años de la precaria existencia de la institución real.

ocupa la cúspide del Estado. La presidencia del Consejo — la misma persona de Salazar— es quien maneja de forma efectiva todos los hilos del poder. Esta confusa forma, que mezcla equívocamente elementos de presidencialismo y de parlamentarismo merecería el estudio de los politólogos hasta el mismo momento de su desaparición. El mismo Caetano trataría de definir la organización política por él dirigida. Al doctor Salazar nunca le preocupó tanto como a su sucesor la calificación de su *obra personal* como a sus inseguros sucesores.

Las bases ideológicas del régimen corporativo

En 1933 —mientras Hitler accede a la cancillería de Alemania— puede considerarse asentado el régimen personalizado por Salazar. La dictadura portuguesa, que su fundador diferencia del modelo italiano por su sentido cristiano, moral, humanista y no violento», ha obtenido el beneplácito de los grupos conservadores que sitúan en primer plano de importancia principios tales como *Dios, patria, familia, autoridad, moral*, etc. Muchos de los elementos que en 1910 habían recibido positivamente a la República no tienen inconveniente ahora, veinte años más tarde, en sostener en el poder a quienes prometen la defensa del estatus reinante. La coincidencia en el año 1917 de la Revolución bolchevique y el anuncio de las apariciones de Fátima serviría para los apologetas del régimen para destacar un supuesto papel de Portugal como vanguardia euro-

En el ámbito político, el régimen, al que el mismo Salazar califica sin recato alguno de *dictadura*, ofrece un proceso institucional abierto según las necesidades del momento. En 1930 se organiza desde el poder la *União Nacional*, partido oficial que intenta absorber a los grupos no partidistas y a los conservadores. En ese momento, los mayores intentos del doctor Salazar están dirigidos hacia la formalización de un régimen que ofrezca una imagen civil, lejos de la apariencia militar que ha facilitado su nacimiento y contribuye a su conservación. En 1933 es promulgada la nueva Constitución, que conserva la forma republicana como ornamento de un sistema que es incapaz de ocultar las fuertes influencias autoritarias del conservadurismo nacional más retrógrado y de modelos exteriores, éstos cubiertos bajo repetidas declaraciones de nacionalismo a ultranza.

Leyes como el *Acta Colonial*

y *Estatuto Nacional del Trabajador* —prácticamente reproducción de su homónimo italiano— son incorporadas a la Ley Fundamental, que se declara a sí misma «la primera Constitución corporativa del mundo». Este ordenamiento superior cuenta con todos los elementos necesarios para poder calificarlo como base de una organización social y económica de tipo fascista: antiliberalismo, antiparlamentarismo y antidemocratismo. A lo largo de los años, las escasas revisiones que sufra irán en una dirección autoritaria. Pero, buscando una imagen aceptable, se organizan dos cámaras. Una, política, compuesta por miembros elegidos en base a circunscripciones territoriales. Otra, de carácter corporativo, que acrecentará su poder hasta constituir un fundamental cuerpo *representativo* del régimen. Una presidencia de la República de carácter formal y ocupada en todo momento por un dócil alto mando militar,

pea de la lucha contra el materialismo ateo. De esta forma se expande una mística del sistema, simplificada y de fácil comprensión para un pueblo mayoritariamente atrasado y pasivo receptor de informaciones emitidas exclusivamente por los cauces oficiales o los permitidos por el poder en razón de la confianza que ofrecerían.

Las diferentes posiciones ideológicas de los militares de mayo de 1926 —republicanos frente a monárquicos— vendrá a unirse a la diferenciación de los grupos que se unirán sucesivamente al salazarismo, dotando a éste de una ambigüedad muy evidente en cuanto a su calificación. La eliminación de los partidos, acusados de falsificadores de la voluntad nacional, y de las asociaciones obreras, como gérmenes de revolución, serán las condiciones previas al establecimiento del sistema corporativo. Los autoritarismos impuestos en Italia por Mussolini y en Austria por Dollfuss serán los inspiradores de Salazar por contar con elementos perfectamente aprovechables, entre los que cabe destacar la nada desdeñable importancia de la aceptación con que cuentan por parte de la Iglesia Católica, bajo una u otra forma.

El corporativismo será el aspecto más específico y estudiado del régimen portugués, que encontró en él una escapatoria para eludir cualquier otro tipo de clasificación. Según los ideólogos oficiales, el *Estado Novo* sería un reflejo de la nación misma, considerada como *un todo orgánico*. Los individuos intervendrían en la formación de los órganos de soberanía en base a su propia situación en la vida real: padres de familia, trabajadores, miembros de asociaciones de todo tipo... De esta forma, quedarían superados los partidos políticos y se caminaría hacia la integración de unos intereses que se afirmaban de carácter nacional.

La verdadera finalidad de este entramado corporativo era el control de las clases trabajadoras, compuestas mayoritariamente por el proletariado agrario, y en mucha menor medida por el industrial. La ilegalidad de la huelga se une ahora a la obligatoriedad de la pertenencia a los sindicatos oficiales, que organizan legalmente la vida del trabajo en estrecha combinación con la libérrima actuación de los empresarios, que cuentan con todo el apoyo del régimen. La política social, elemento demagógico tradicional en este tipo de sistemas, no servirá para paliar siquiera mínimamente el progresivo empobrecimiento

de la población trabajadora, provocado por la perpetua congelación de los salarios, que la colocarán en el último puesto del continente en cuanto a su nivel de vida. Sin embargo, estas medidas, anunciadas como sociales, llegarían a inquietar en su momento a ciertos grupos, recelosos ante un posible deslizamiento *izquierdizante* del doctor Salazar y sus cercanos acólitos.

Los interesados en el mantenimiento de la dictadura afirman la originalidad de ésta, a partir de la ruptura con el pasado que supuso el golpe de estado inicial. Salazar nunca se comprometió directamente con los monárquicos que, en un



Escenas callejeras en los primeros días de octubre de 1910. La República ha sido proclamada en Portugal. En las imágenes, fuerzas situadas ante el Palacio Das Necessidades, sede del Ministerio del Exterior, en la capital.

momento imaginaron una restauración de la Casa de Braganza. Sin embargo, consiguió conservar su decisivo favor a cambio de interesantes prebendas concebidas muy cuidadosamente. El carácter personal del dictador, frío, misántropo, desinteresado de todo contacto humano, encuentra su lugar en el interior de la camarilla que le rodea. Compuesta por representantes de las fuerzas dominantes, halla su punto de cohesión en la persona de Salazar. Por eso mismo, este elemento de unión será recambiable en el momento en que convenga. Salazar servirá hasta el momento de la pérdida de sus facultades. Luego, Caetano in-

tentará durante seis años la conservación de la trama.

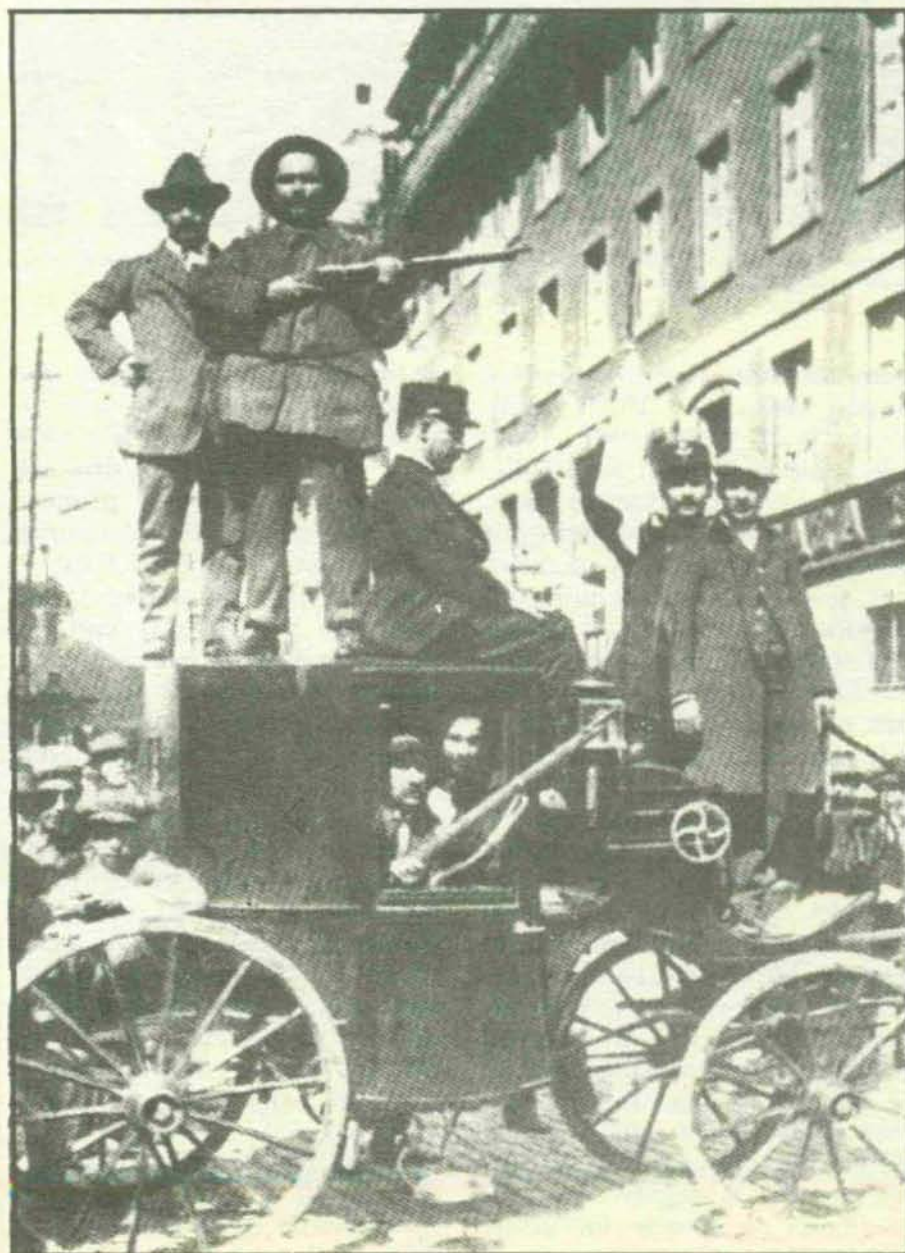
Pero las circunstancias ya no serán las mismas. En 1974, ya interesaba a esos grupos laborar bajo unas formas más acordes con el momento. Y el pueblo portugués saldrá a la calle para aplaudir alborozadamente este cambio decidido por los mismos sujetos que durante cuatro décadas habían actuado en su nombre sin solicitar su consentimiento. Las bases ideológicas profundas del régimen salazarista, aparte de las más aparentes de tono marcadamente fascista, son las del conservadurismo más rancio, en muchos casos decididamente preindustrial, unido a los

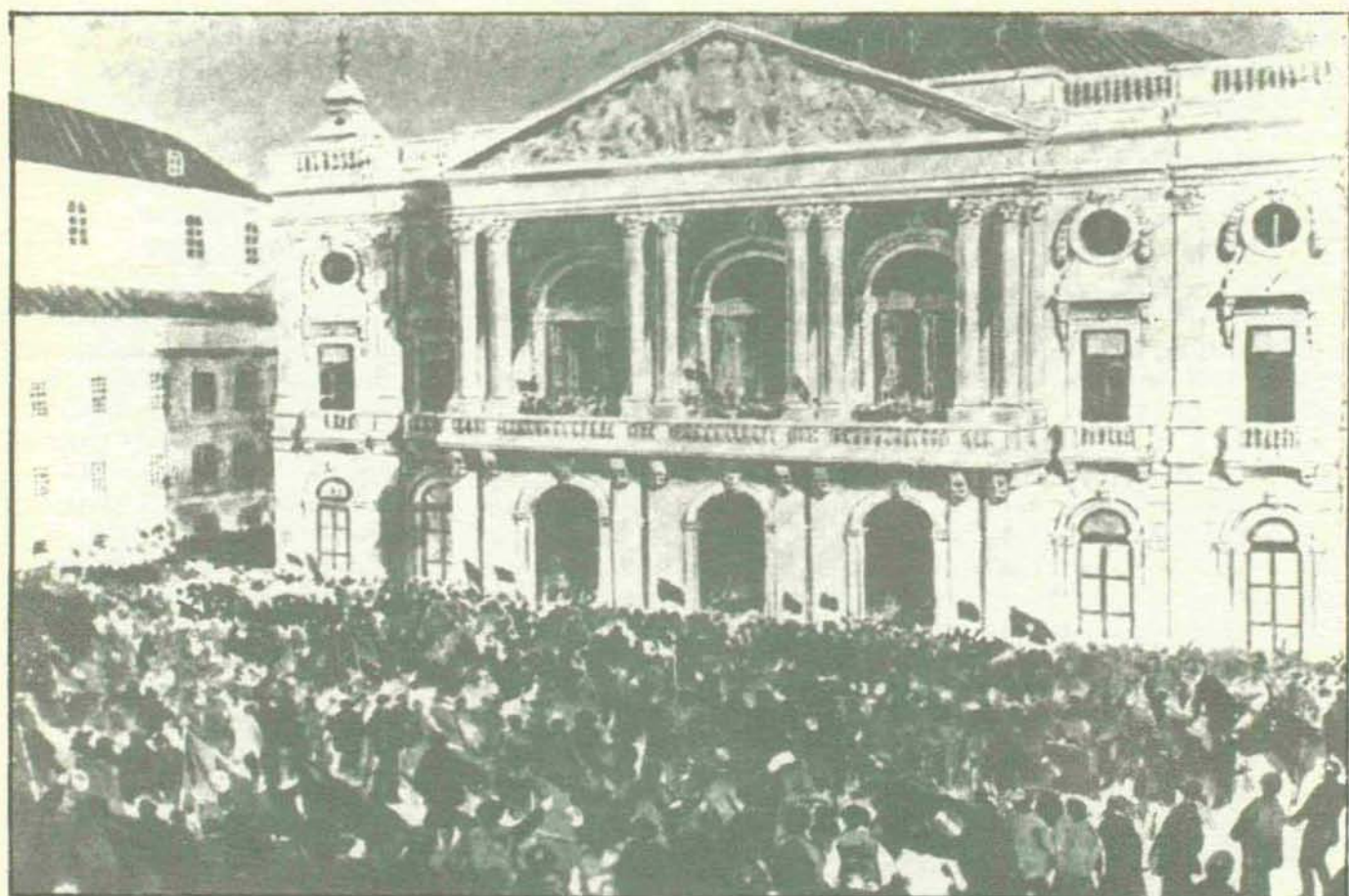
tradicionales valores militares, y todo ello cubierto por la mentalidad de una Iglesia anclada en el pasado y avara de sus privilegios.

El ejército portugués

El golpe de 1926 significa el inicio de la presencia militar en los más altos puestos de la política portuguesa. La República liberal había vivido bajo la amenaza castrense, pero el predominio del poder civil, siquiera de forma aparente, servía para guardar las maneras democráticas. La intervención militar de mayo abrió una línea que se mantendría vigente hasta hoy: los miembros de las fuerzas armadas como última instancia de poder, sustentando a regímenes que se presentan como dotados de diferentes —e incluso contrapuestos— principios básicos.

La acción encabezada por Carmona no había logrado aunar las voluntades de la totalidad de los mandos. La persistencia de una idea liberal decimonónica impide la cohesión completa del grupo. Este liberalismo constituía ya un factor anacrónico en una Europa en la que el elemento castrense admitía de buena gana la imposición de dictaduras autoritarias anuladoras de los usos democráticos y preservadoras, y aún acrecentadoras, de los beneficios percibidos por el ejército. En Portugal quedó muy pronto demostrada la incapacidad de los oficiales para desempeñar los cargos de los que había arrojado a los destituidos funcionarios civiles. Es la hora de los políticos conservadores. Con ello, los autores materiales del golpe de Estado consiguen arroparse bajo formas civiles y productoras de todo un entramado institucional para un régimen nacido de un *putsch*, elevado posteriormente a la categoría de *movimiento*. A lo largo de todo el período salazarista, prolonga-





Proclamación oficial de la República Portuguesa ante el edificio de la Cámara Municipal de Lisboa. Manifestaciones de júbilo similar se reprodujeron en aquellos días sobre todo el territorio nacional.

do con Caetano, la presencia militar aparece como sustentadora visible del régimen, aportando incluso a uno de sus miembros para el desempeño del cargo de presidente de la República.

Dos posturas se enfrentan dentro del ejército durante treinta y ocho años. Por una parte, los militares conservadores, muchos fascizantes en su momento, para quienes la misma naturaleza del régimen y la existencia de las colonias ofrecen medios de ascensos y beneficios. Esta circunstancia material, unida a otras invocaciones espirituales siempre exhibidas, les sitúa dentro del sector del firme apoyo al sistema. Enfrente, los militares liberales, que, contando con una amplísima gama de posturas personales, en ningún momento dejarán de evidenciar su presencia, dirigiendo actitudes o movimientos de rebeldía contra el régimen es la mejor

demostración de esta actividad nunca sofocada: 1927, 1928, 1931, 1935, 1936, 1947, 1961, 1962, hasta el final de 1974...

Este ejército, cohesionado a primera vista, y debilitado por continuas conjuras y sediciones, golpes abortados por concesiones, y amenazas expresadas repetidamente, ejerce una verdadera tutela colectiva sobre el poder político, sobre el que repercutirán todas sus convulsiones internas. Desde este punto de vista, el año 1961 supone la coyuntura más difícil para el salazarismo. En abril se subleva, y fracasa, el general Botello Moniz. En diciembre el general Humberto Delgado repite el intento. Salazar y sus altos mandos se ven obligados a refugiarse en los cuarteles de la *Legião*, que les ofrece mayor confianza que el nunca dominado ejército. En el otoño de 1967 la negativa norteamericana a apoyar un golpe militar frustra los planes de un

extenso grupo de oficiales que se habían dirigido a Washington con esa intención. En 1974 esta aquiescencia se produce finalmente, y por vez primera la sublevación obtiene el tantas veces defraudado éxito final, al coincidir las voluntades de los militares progresistas con las de quienes hasta ese momento habían sostenido al régimen.

Sin el apoyo decidido e interesado de las fuerzas armadas la dictadura no hubiera podido mantenerse tan firmemente en el poder ni penetrar tan a fondo en la sociedad portuguesa a lo largo de circunstancias tan cambiantes. El negativo desarrollo de la guerra colonial, que comenzaba a afectar al ejército como cuerpo y a los intereses de los militares en el plano personal, acerca a muchos oficiales al cuestionamiento de las mismas bases del régimen al que han sostenido mientras ha aportado ventajas de toda clase. La identificación



Reunión de la primera sesión de la Asamblea Nacional Constituyente. Se inician los primeros pasos tendentes a la institucionalización del nuevo régimen republicano.

de los intereses corporativos del ejército con las posiciones opositoras de individuos y grupos clandestinos vendría a dotar de una cierta legitimidad histórica a lo que nació no siendo más que una situación de rechazo a unas condiciones que ya no resultaban provechosas. Las fuerzas armadas eran la única institución con potencia suficiente para deshacer la trama del régimen, y la oposición civil no tuvo inconveniente en colaborar con ellas para llevar a cabo la operación. La coincidencia de intereses, que a primera vista parecerían teóricamente contrapuestos, determinaría así la liquidación del sistema.

En 1974 la toma de conciencia de los altos mandos militares a cerca de la falta de salidas para el régimen les inducirá a admitir el aparente protagonismo civil y popular del cambio, en contrapartida a la conservación de su situación

privilegiada. La profunda tendencia del protagonismo militar en Portugal no se vio interrumpida por lo que en su momento fue denominada como *revolución*. El último eslabón es el hoy presidente de la República, un general del ejército, asistido por el *Consejo de la Revolución*, algo mucho más que un mero cuerpo consultivo, y compuesto por miembros de las fuerzas armadas. Como en los demás planos de la vida portuguesa, los sectores tradicionalmente dominantes en ningún momento han cedido su papel a posibles sustitutos surgidos eventualmente de las circunstancias.

Economía, movilización y represión

En un primer momento, Salazar había llegado al poder

como solución ante el deterioro económico en que estaba sumido el país. A partir de ese momento impone un modelo basado en la autarquía y en las formas económicas tradicionales ligándolas al más puro liberalismo. La consecución de un presupuesto equilibrado y una estabilidad monetaria perpetua serán anunciadas como los mayores logros del régimen. Una política de estas características producía el encubrimiento de las tensiones provocadas por su propia naturaleza. Frente a la situación de la clase obrera, reducida a los mínimos niveles de subsistencia, la acumulación de capitales ofrece todas las seguridades requeridas a la Iglesia, el ejército, los grandes terratenientes y la clase media provinciana, deseosos de una base segura para la afirmación de la *permanencia*, la estabilidad, el equilibrio y el orden.

El paso del tiempo habría de



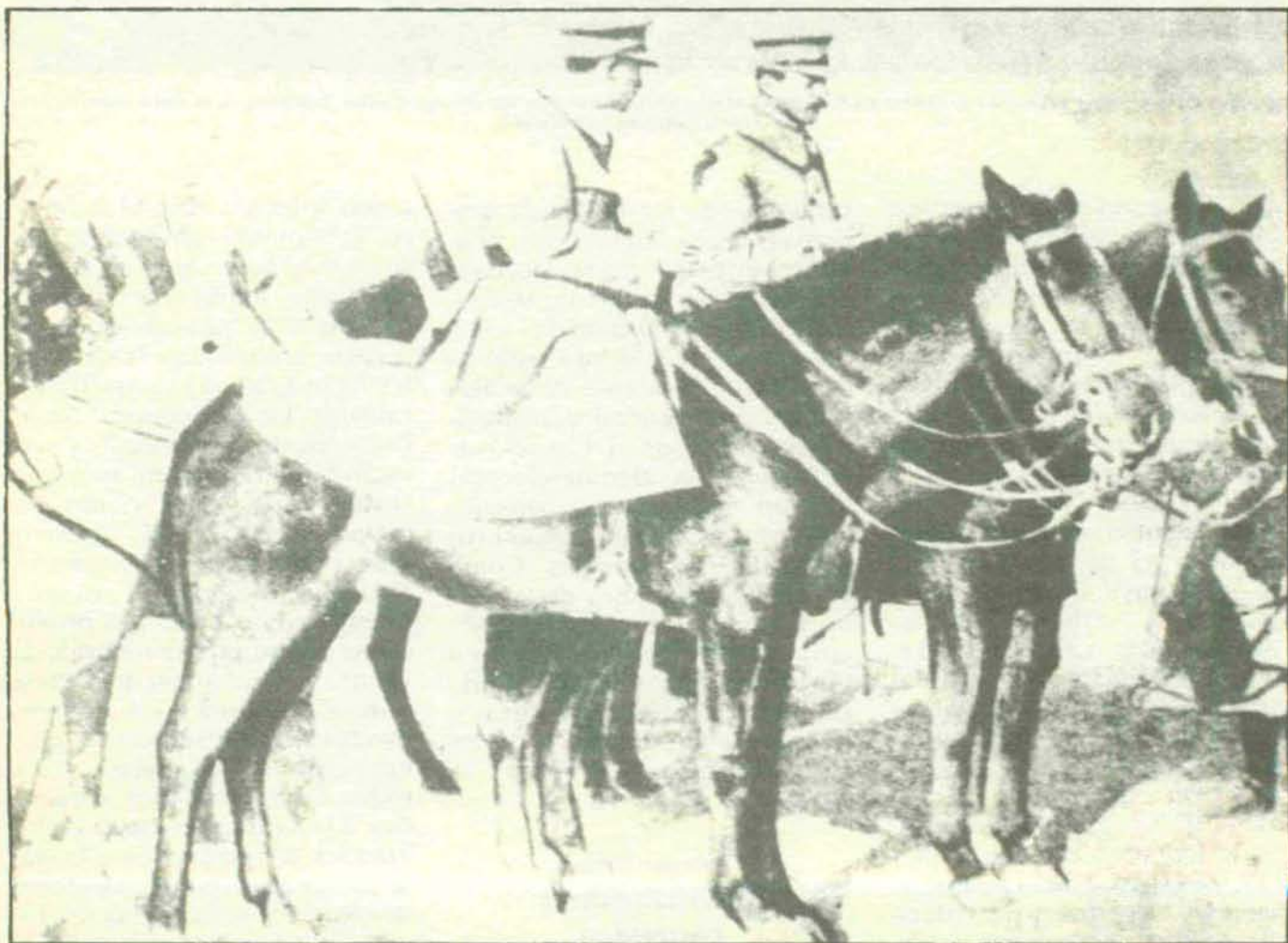
El político Alfonso Costa, elegido presidente de la República. Será uno de los puntales del sistema durante los primeros años de existencia del régimen, definido por un liberalismo clásico y una real incapacidad para resolver los problemas de fondo que aquejan al país.

obligar a un progresivo abandono de la política autárquica. Una nueva clase de tecnócratas europeizantes trataría de abrir nuevas vías a una economía anquilosada. En 1968 el régimen toma conciencia del cambio de época. Para entonces los fundamentos de la frágil economía portuguesa se localizan en las remesas enviadas por los emigrantes en Europa y los ingresos producidos por el turismo. Las colonias solamente benefician a unos pocos, al tiempo que empobrecen al erario público que efectúa en Africa grandes inversiones a fondo perdido. La realización de grandes obras públicas, en el mejor estilo dictatorial, como el puente sobre el Tajo en Lisboa, ya no sirve para sostener el prestigio del régimen.

El año 1968 será en Portugal

el de una crisis total. La retirada del viejo dictador y las incógnitas acerca de las posibilidades de su sucesor favorecen la agrupación de los opositores, reprimidos por una compleja red de defensa del sistema, al mismo tiempo que desde el interior del mismo comienzan a oírse las primeras voces de quienes quieren preparar un futuro algo diferente.

En lo que respecta a la movilización de la población, las dictaduras de los años treinta habían servido como modelo para Portugal. El partido estatal, la *Uniao Nacional*, había terminado por convertirse con el paso de los años en un mero medio para la obtención de puestos y prebendas, perdiendo sus iniciales objetivos. Una organización, los *Camisas azules*, creada en 1932 según el modelo fascista, desaparecerá



En diciembre de 1917 tiene lugar un golpe de fuerza triunfante contra la República. El comandante Sidonio Paes encabeza el movimiento, que parte del campamento de Rotunda. Proclamado presidente al año siguiente, morirá asesinado en un atentado. En la imagen, Paes en segundo término y a caballo.

enseguida a manos del mismo régimen, asustados ante las veleidades socializantes de algunos de sus dirigentes y miembros, propugnadores de la realización de una verdadera *revolución nacional*. El rápido proceso de anquilosamiento de las instituciones e incluso del supuesto movimiento inspirador se acrecienta durante la guerra mundial. La *Legião*, nacida con ocasión de la guerra civil española como fuerza de reserva para el régimen, perderá, a partir de 1945, su inicial espíritu y objetivos, convirtiéndose en una organización agrupadora de funcionarios, obligados a la afiliación, y de personas deseosas de procurarse una situación dentro del sistema. Otra organización fracasada sería la de las *Mocidade Portuguesas*, creadas también al estilo nazi-fascista, que intentaban congregar a las juventudes con ánimo de inculcarles la ideología del régimen.

Esta movilización, junto con la utilización de la censura y la represión institucionalizada, obtendrá de forma efectiva, si no un apoyo expreso de la mayoría de la población, sí una profunda y extendida despolitización y adormecimiento de posibles actitudes cuestionadoras. Las sucesivas elecciones para las dos cámaras del Parlamento, así como los sufragios —mientras se realizaron directamente— para la provisión de la presidencia de la República, no son sino representaciones aparentemente democráticas que a ningún observador consiguen engañar. La elección se produce siempre dentro del sistema, y la aceptación de la presentación de los candidatos de la oposición se resuelve siempre con la retirada de los mismos o con su prevista derrota, llegando en el caso extremo del general Humberto Delgado hasta la misma eliminación física del oponente al seguir manteniendo éste posiciones opositoras. Junto a estos métodos coyun-

turales, la censura permanente será el instrumento represivo más utilizado, ya desde los inicios de la dictadura. Todos los medios de comunicación social están intervenidos por la censura hasta los mismos días finales del régimen, a pesar de una aparente liberalización en 1945, de acuerdo con el espíritu del momento. De esta forma, toda la información recibida por el ciudadano adolece de una manipulación previa que la convierte en un simple panfleto de propaganda oficial o en un instrumento falseado por la mordaza oficial.

La represión directa ejercida sobre los elementos opositores, ciertos o supuestos, ha sido el tema que ha atraído más atención de entre todos los que ofrece la dictadura portuguesa. En su aplicación son distinguibles muy claramente tres etapas diferenciadas. En un primer momento, entre 1926 y 1935, la represión es ejecutada al margen de la ley, bajo la jurisdicción militar y con procedimientos propios, dando un amplio margen a la arbitrariedad más absoluta. Entre 1935 y 1945 la reorganización de la policía política —PIDE—, bajo el asesoramiento de miembros de la *Gestapo*, perfecciona el mecanismo y refina los métodos. La policía política goza de amplias atribuciones sobre la vida de los ciudadanos, indefensos ante esta intromisión. Aparecen bien definidos los campos de concentración en las islas y el continente. En 1945 parece ablandarse el aparato represivo. Es el momento de la euforia democrática y es preciso ofrecer una imagen mejorada a la vista de unos aliados bien dispuestos a admitir la supervivencia del régimen a cambio de ligeras transformaciones de forma. Se organiza un sistema de justicia política a base de tribunales especiales, con magistratura y procedimientos particulares, encargados de juzgar a los acusados de posturas opositoras.

De hecho, este terrorismo



Machado Dos Santos, el último elemento destacado de las posiciones restauracionistas. Con su muerte toda esperanza de vuelta al sistema monárquico parece perdida definitivamente.

de Estado institucionalizado obtiene sus principales objetivos: anulación de toda posible oposición organizada entre las clases populares y neutralización y aislamiento de las disconformidades nacidas en el seno de las clases acomodadas. Al mismo tiempo, otras agrupaciones, de carácter paramilitar, aseguran el mantenimiento del orden: la *Guardia Nacional Republicana*, verdadera dueña y ordenadora de la vida rural; y la *Policía de Segurança Pública*, encargada de la disolución de reuniones y manifestaciones contrarias al régimen. Cuando el epigonismo caetanista intenta remozar la fachada del sistema, cambiará la denominación de alguna de estas formaciones, pero su real protagonismo como fuerzas de choque de la autoridad vigente se mantendrá hasta los últimos momentos. Posteriormente, muchos de sus antiguos miembros aparecerán relacionados con todos los movimientos de involución de la situación que se inicia en abril de 1974.

Unas fuerzas opositoras reducidas y fraccionadas, aparta-



Antonio de Oliveira Salazar entra, como ministro de Finanzas, en el Gobierno presidido por el coronel Vicente de Freitas, el día 27 de abril de 1928. En la imagen, el profesor de Coimbra junto al jefe del gabinete dictatorial.



Tras uno de sus reajustes ministeriales el primer ministro Salazar, presenta su nuevo Gobierno al presidente Carmona en el año 1936.



El mariscal Carmona, jefe del Estado portugués. Sucesivamente reelegido, desde 1928 hasta su muerte en 1951, presidirá los destinos de su país, teniendo a su lado al doctor Salazar. En la imagen, durante una visita a España en 1928.



1934: Salazar preside en Lisboa la primera reunión del Consejo Corporativo. La dictadura, nacida entre la improvisación, comienza a institucionalizarse bajo la dirección del antiguo ministro de Finanzas.



La Legión portuguesa, organización paramilitar de carácter fascista, desfilando por la Avenida Da Liberdade, en Lisboa, en los primeros tiempos de su existencia en 1936...

das de toda comunicación con la población, son quienes se enfrentan a esta represión. La evolución del régimen va llevándose adelante impelida por los sectores que dentro de él van integrándose, pero siempre dentro de un inmovilismo básico que ofrece la apariencia de una arcaizante oligarquía que gusta de guardar las formas representativas. El corporativismo, con sus fuertes componentes maurrasianos y clericales sigue siendo considerado el soporte ideológico, y la oposición se muestra impotente tanto en el plano intelectual como en el social y el político. Ciertos grupos de la clase intelectual ejercitan en ocasiones el papel de elemento crítico tolerado dentro de unos límites, junto a individualidades de prestigio a las que se les permi-

te el mantenimiento de actitudes opositoras. En un Portugal culturalmente atrasado, y con la constante presencia de la censura de información, no resulta demasiado peligrosa la admisión por parte del poder de estos pequeños grupos disidentes, bastante ajenos, por otra parte, a la realidad del país en sus clases trabajadoras.

La oposición organizada conoce momentos de unidad y períodos más prolongados de falta de entendimiento. La fuerza clandestina más numerosa es el escindido partido comunista. Desde los mismos años treinta se habían formado, bajo diferentes denominaciones, frentes comunes de oposición, que cobran mayor fuerza en 1945, cuando florecen muchas esperanzas ensanguinadas. Como sucede

en toda dictadura totalizadora, grupos con planteamientos heterogéneos e incluso enfrentados unen sus fuerzas en una actitud común. Así, obreros e intelectuales de clase media, activistas de izquierda, burgueses demócratas y católicos progresistas se mezclan en confusa amalgama que estallará rápidamente con la restauración de la democracia liberal.

Política exterior del salazarismo

Dada la prolongada duración en el tiempo de la vida del régimen, es posible en política exterior efectuar la delimitación de épocas muy concretas. Una, primera, entre 1926 y



1933 definida por el afianzamiento del sistema ante el exterior y por la inclinación del mismo hacia modelos europeos ya establecidos. Entre 1933 y 1939 la política exterior portuguesa, a pesar del mantenimiento de la tradicional alianza con la Gran Bretaña, se va entregando a los dictados del Reich. La influencia alemana es grande durante esos años entre las clases dirigentes, mientras económicamente el país se integra en la órbita alemana en grado creciente. Esta etapa estará marcada decisivamente por la guerra civil española.

El apoyo material prestado por el Gobierno portugués a los militares sublevados es **solamente una parte de la identificación total** de Salazar con las autoridades encabezadas

por el general Franco. Todo tipo de ayudas —hombres, municiones, utilización de comunicaciones y puertos, sistemas de transmisión, cantidades en metálico, etc., es puesta a disposición del bando denominado *nacionalista*. La guerra de España se presenta como una cuestión crucial para el régimen portugués, que no espera sobrevivir a una victoria republicana. Veinte mil voluntarios *Viriatos* lucharán en España; de ellos ocho mil perderán la vida en combate. El triunfo final del bando franquista será saludado gozosamente por un Salazar que ve ahora sus espaldas guardadas por un régimen similar y nada dispuesto a la intervención —siempre temida— sobre territorio portugués.

Una tercera etapa sería la

marcada por la guerra mundial. Ideológicamente afín a las potencias del Eje, Portugal se declara neutral, conservando sus lazos con los aliados. En esos años Lisboa será el punto de unión entre Europa y los Estados Unidos, convirtiéndose en un hervidero de personas y actividades de toda clase. A partir de 1942, cuando comienza a preverse la victoria aliada, Salazar va aproximándose de posturas menos evidenciadoras de la ideología que enmarca a su régimen. El final de la guerra y la exaltación democrática no producen, contrariamente al caso de España, condenas internacionales contra la dictadura portuguesa. El espíritu de la Carga fundacional de las Naciones Unidas no impedirá la entrada en la organización de Portugal, que conserva



Tres de las figuras claves de la vida portuguesa de las décadas centrales del siglo: Oliveira Salazar entre el Patriarca de Lisboa, monseñor Cerejeira y el presidente de la República, mariscal Carmona.



En 1956, al cumplirse el veinticinco aniversario del ascenso al poder del doctor Salazar, miembros de las Mocidade Portuguesas cumplimentan al primer ministro en su residencia.

unos usos internos semejantes a los que habían mantenido las potencias derrotadas.

En 1949, dentro ya del espíritu de abierta guerra fría, Portugal entra en la OTAN. Su situación y posesiones no pueden ser desaprovechadas por los estrategas occidentales, que comienzan a valorar el anticomunismo acérrimo de Salazar. La condena moral quedará reservada a otras asociaciones de carácter simbólico, como el Consejo de Europa y el Parlamento europeo, que repetidamente niegan la entrada a representantes de Lisboa. Esta ambivalencia queda de nuevo demostrada con la pertenencia de Portugal a organizaciones económicas, como la EFTA, o culturales, como la UNESCO. A pesar de las condenas anticoloniales que el país sufre internacionalmente, Portugal no deja de representar un bastión de los intereses occidentales en un África que se va acercando a ambiguas posiciones tercermundistas.

Con respecto a España, y a pesar del cierto grado de homogeneidad de sistemas políticos, las relaciones nunca conseguirán superar el recelo y el desconocimiento tradicionales, a pesar de las repetidas protestas de amistad fraterna expresadas por personalidades de ambas partes. Unidos los dos países en un mismo ámbito geográfico, un profundo abismo en el plano mental impedirá el mutuo entendimiento, incluso entre las respectivas fuerzas de oposición.

Dos elementos fundamentales: Iglesia y colonias

El carácter extremadamente conservador del integralismo maurrasiano, en que se basa la ideología del salazarismo, disfrutaría a lo largo de toda su existencia la tutela de la jerar-



Oliveira Salazar durante una entrevista mantenida con Ian Smith, hombre fuerte de la Rodhesia segregacionista que, en 1965, ha cortado sus lazos con la metrópoli británica, instaurando un régimen similar al de Sudáfrica y al de las colonias portuguesas de Angola y Mozambique.

quía católica. Después de una prolongada etapa de anticlericalismo fomentado desde el poder, la implantación de la dictadura ofrece a la Iglesia toda clase de beneficios. A cambio, el régimen recibe el importantísimo apoyo moral del episcopado y el clero, en un país mayoritariamente católico. El Concordato firmado en 1940 ordena las relaciones mutuas, tan beneficiosas para ambas partes. La influencia eclesíástica en la educación, las cuestiones familiares y las misiones coloniales, entre otros aspectos menos destacables, otorga al régimen un cierto tono clerical, que en ocasiones serviría como efectivo freno a veleidades totalitarias.

Reaccionaria hasta extremos inimaginables, la Iglesia portuguesa comienza a sufrir sus primeras convulsiones a raíz del Concilio Vaticano. Una parte de sus miembros, sobre todo sacerdotes jóvenes, toman conciencia del apartamiento total de la jerarquía con respecto a las desastrosas condiciones materiales en que se desenvuelve la vida de amplias capas de la población. A esto vendrá a unirse en los años fi-

nales de la década de los sesenta la evidencia de la futura quiebra del régimen. La Iglesia, ahora a nivel de alta jerarquía, inicia un táctico despe-



El general Humberto Delgado, destacada figura de la oposición. Fue muerto en 1965, en la provincia de Badajoz por la policía secreta del régimen portugués, ante la inacción de las autoridades españolas. Su nombre es ya un mito para quienes mantienen posiciones contrarias al régimen.

que en busca de una buena situación en el momento en que se produzca el cambio. Pero no serán capaces de ocultar cuatro decenios de íntima convivencia, durante los cuales — salvo alguna excepcional ocasión — nunca una voz de protesta surgió de las filas de la Iglesia ante el cotidiano aplastamiento de los derechos humanos de los portugueses.

El otro elemento decisivo serán las colonias. Las posesiones africanas, bautizadas como *provincias de ultramar* en la coyuntura descolonizadora de los años sesenta, sirven al régimen de Salazar en dos frentes diferentes y complementarios. Por una parte, los recursos provenientes de ellas permitirán durante mucho tiempo el mantenimiento de la autarquía

económica de Portugal sin necesidad de recurrir a bienes procedentes del exterior del territorio nacional. Por otra, el prestigio conferido al régimen por la posesión de un Imperio colonial de tal magnitud es utilizado ante la población y ante el exterior como una lógica continuación del glorioso pasado portugués, del que el salazarismo sería la última y más lograda manifestación.

Desde el final de la guerra se fomenta la emigración a las colonias y la inversión masiva de capitales en ellas. Pero las fuerzas profundas de la Historia son imparables. En 1965 poblaban Angola y Mozambique cuatrocientos mil europeos frente a casi doce millones de africanos. Desde un prisma lógico, la situación no presentaba salida si se pretendía prolongar, aun por la fuerza, la presencia portuguesa dotada de los mismos esquemas de dominación. En marzo de 1961 se produce el levantamiento simultáneo de las fuerzas guerrilleras independentistas en todos los territorios. La metrópoli envía fuerzas de choque, pero enseguida el enfrentamiento se convierte en una guerra de desgaste. La debilidad material de los guerrilleros se compensa con el fracaso de las acciones emprendidas por las fuerzas metropolitanas. Con ello ha comenzado la cuenta atrás para el momento de la muerte del salazarismo.

A pesar de la evidencia, las estructuras dominantes en Lisboa son demasiado rígidas para admitir la posibilidad de una retirada. La guerra va conformando los hábitos de vida del pueblo portugués, que ve su economía castigada todavía más por los crecientes gastos bélicos, que solamente benefician a una ínfima minoría. La estructura del régimen se resquebraja progresivamente, y el trauma sufrido por la población se extiende al ejército. Una guerra que no ofrece victorias y una situación colonial que ha dejado de ofrecer posi-



Desde 1958 la jefatura del Estado será ocupada por el almirante Américo Thomas, a quien se ve en la imagen con Salazar. Su papel, meramente representativo, servirá para seguir manteniendo de forma aparente el más alto puesto de la República en manos del poder militar.



El día 25 de abril de 1975 es derribada la estructura visible del arcaico régimen imaginado por Salazar. La fracción más importante de las fuerzas armadas sale a la calle en expresión de júbilo ante la nueva era que parece anunciarse. En la fotografía, soldados de la guarnición de Lisboa se manifiestan en las calles de la capital la misma tarde del pronunciamiento.

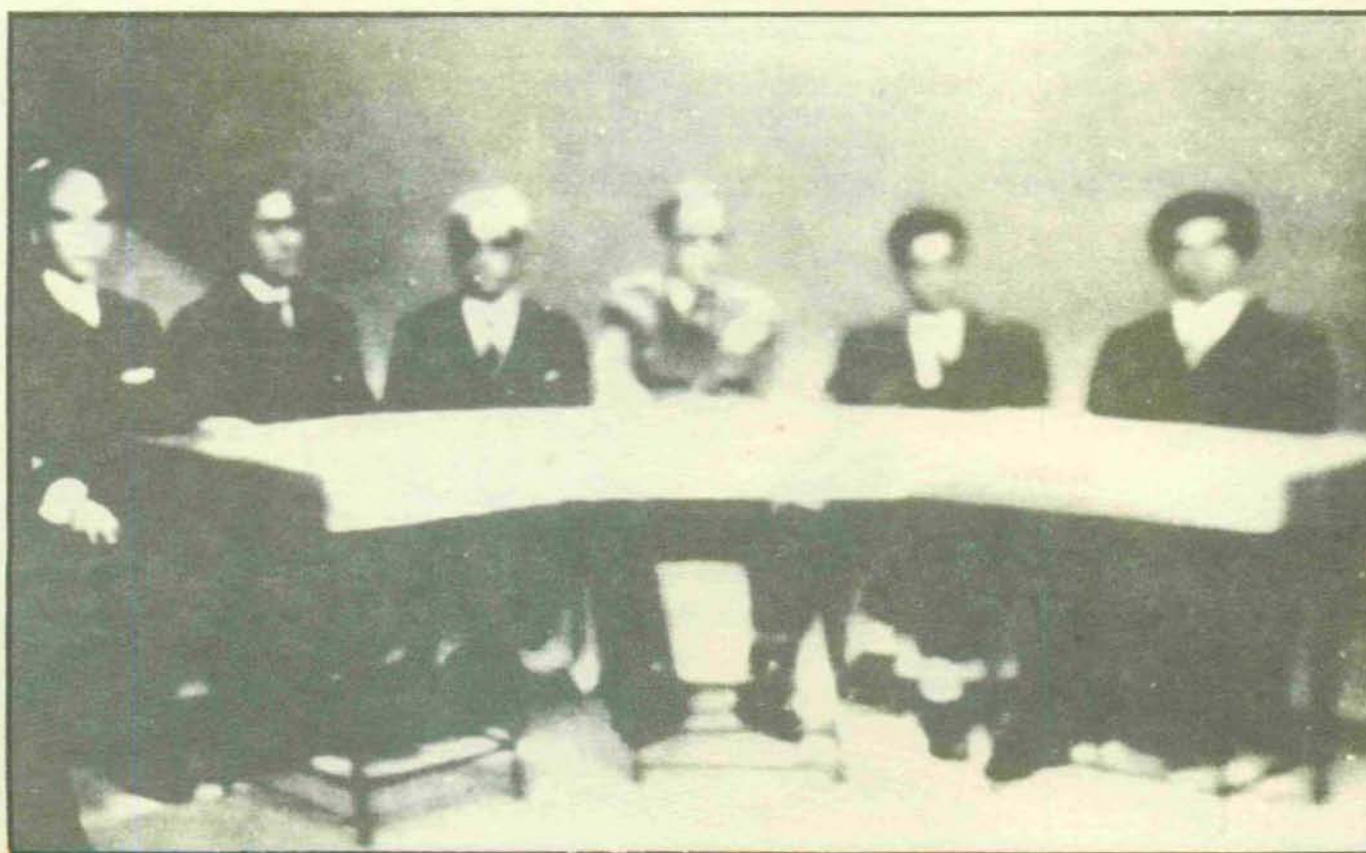


Imagen tomada de una emisión de la televisión portuguesa el día 25 de abril. Forman la Junta Militar, de izquierda a derecha: los capitanes de navío Antonio Alva Coutinho y José Baptista Pinheiro de Acevedo; los generales Francisco de Costa Gomes y Antonio de Spínola —que preside la Junta—; el brigadier Jaime Silveiro Marques, y el coronel Carlos Galvao de Melo.



El hombre fuerte de la nueva situación, general Antonio de Spínola, junto a su primer ministro, Vasco Gonçalves —a la izquierda—. A la derecha, el coronel Galvao de Melo.



Fotografía obtenida en el interior del edificio de la Dirección General de la Seguridad del Estado, último reducto de la policía salzarista en la calle Antonio María Cardoso. Junto a las armas, los retratos oficiales de las personalidades políticas destituidas: el presidente de la República, almirante Américo Thomas y el primer ministro, Marcelo Caetano.

bilidades de ventajas materiales y profesionales crean el clima propicio para el intento de cambio de una realidad que se presenta como insostenible.

El golpe militar de abril será de esta forma la plasmación de la imagen clásica que presenta a un régimen metropolitano caído a causa de una guerra exterior perdida. Un ejército herido en sus intereses y en su orgullo será el elemento detonante de la situación. Al fondo, el pueblo portugués espera obtener alguna mejora en unas circunstancias regidas por decisiones a él ajenas.

Ultimo acto: Marcelo Caetano

La evidencia de la pérdida definitiva de facultades por el anciano Salazar, a primeros de septiembre de 1968, obliga a los círculos dirigentes a su sus-

titución inmediata. Será alzado al poder el tratadista de Ciencia Política Marcelo Caetano. Este recambio efectuado desde dentro del poder con toda lógica no justificará la esperanza puesta en el abandono del fundador por los opositores al régimen. Las transformaciones efectuadas y previstas no rebasan los niveles de la mera apariencia. Las modificaciones de la Constitución no afectan más que aspectos marginales. Las elecciones de 1969 siguen las mismas pautas que todas las celebradas anteriormente. Pero las transformaciones sociales debidas al incipiente proceso de industrialización ya no pueden ser sofocadas, a pesar del endurecimiento de la represión.

En las Cámaras los liberales intentan desde dentro del sistema una apertura controlada que evite la radicalización de unas masas agotadas y unas clases medias deseosas de conocer la realidad de la demo-

cracia, imperante en la Europa a la que Portugal intenta aproximarse saliendo de su aislamiento. El panorama general es de absoluta degradación. Finalmente, las fuerzas decisorias se acercan al ejército con ánimo de conseguir una solución que no ponga en peligro el estatus reinante. Mientras, los figurantes del régimen, con el doctor Caetano al frente, situándose fuera de la realidad, intentan proseguir una política ya superada por conjunción de principios y métodos. Para evitar el encuentro de intereses entre miembros de los grupos radicales y oficiales izquierdizantes se pone en marcha el mecanismo del golpe de Estado, controlado por oficiales conservadores encabezados por el general Spínola, que, al frente del movimiento rebelde, se presenta como alternativa al orden anterior, corrompido y agotado. Con ello finaliza el prolongado período del salazarismo en el poder. Sus representantes visibles escogen el camino del exilio o del ocultamiento.

Terminaba un anacronismo vivo, un sistema social y político sorprendentemente conservado en un extremo de Europa capaz de soportar embates y desgastes. Una serie de circunstancias muy especiales: éxito del inmovilismo adormecedor, blandura y rigidez controladas, utilización de fuerzas con amplia audiencia de la población, atraso cultural de ésta, lejanía de los centros renovadores del continente, junto con una interesada permisión de las potencias extranjeras, podrían ser algunas de las claves que explicarían la larga permanencia de la trama política imaginada por Salazar y puesta en práctica hace ahora exactamente medio siglo. ■ J.M.S.M.



Antonio de Oliveira Salazar, «O doutor» (1889-1970).